

estas cuestiones tipográficas, nos interesa sobremanera este juicio y opinión de Ud. y también su consejo para las futuras ediciones.

Queríamos también indicarle si pudiera a Ud. interesarle una Antología de su obra poética, hecha por Ud. mismo, para esta colección «Laberinto», y en caso afirmativo, que nos dijese en qué condiciones. Nosotros procuraríamos que fuesen las más ventajosas para Ud. dentro de nuestras posibilidades económicas, que no tienen en grado alguno ambición exclusivamente comercial, pues tratamos principalmente de realizar fuera de España una obra que afirme la continuidad de nuestra cultura, ayudando al mismo tiempo a nuestros autores.

Por ello, perdónenos que le insistamos en solicitar su autorización para incluirle en nuestra Antología, y que nos permitamos también indicarle que su obra poética, en cierto modo, sobrepasa los límites formales de una propiedad particular, cuyas exigencias, que respetaríamos, nos parecen sin embargo egoístas.

En todo caso no vea en nosotros más que el deseo justísimo de contar con su obra y personalidad literaria, por la que sentimos, como españoles, la estimación y admiración que le corresponde.

Suplicándole una respuesta inmediata a esta carta, pues nuestro libro «Laurel» va a empezar muy pronto a imprimirse, le saluda afectuosamente.

Editorial Séneca, S. A., de Publicaciones.

JOSÉ BERGAMÍN.

<https://doi.org/10.29393/At232-168YCJR10168>

Yo contesté estas cartas, como tú sabes, a su debido tiempo: es decir, escribí las respuestas, pero, como me ocurre en muchas ocasiones, no las envié. Aparte de esta mala costumbre mía, que tantos disgustos me proporciona, como sabes también, supe, de aquí y de allá, cosas relacionadas con la Antología «Laurel», que me decidieron al silencio. Y, además, pensaba que no era necesario negar dos veces. (Voy a dar ahora estas cartas mías, porque la ocasión me lo pide). Y a otra cosa.

Cuando J. B. preparaba, Madrid, 193 . . . (no recuerdo la fecha exacta), la publicación de la revista «Cruz y Raya», comisionó a mi amigo y tuyo (y creo que suyo) el librero León Sánchez Cuesta, para que me pidiese un trabajo mío que él

quería publicar en el primer número, L. S. C. me dijo que el asunto era largo y complicado de hablar y que deseaba que le dedicáramos una tarde. Mi mujer y yo invitamos a L. S. C. y a la suya, cuñada de Pedro Salinas, a un paseo en coche por la Moncloa, y en este paseo, él me habló complicado y largo de «Cruz y Raya», de su editor y director y... de algunos alrededores del conflicto. En realidad no me invitó a colaborar, sino a no colaborar en la revista, y algo de lo que me dijo fué que la empresa era de una Orden religiosa muy influyente en España, cuyo administrador general en Madrid daba el dinero. El argumento principal de todo lo que L. S. C. me decía, se apoyaba en «Pedro»: P. creía firmemente que yo no debía colaborar: P. tampoco colaboraría, ni ninguno de su grupo (que era entonces el mismo del editor) con la excepción del católico Dámaso Alonso. Jorge Guillén traduciría algo del católico Paul Claudel. (Efectivamente, lo tradujo. Este J. G., siempre prestidigitador, traducía al «católico» P. C. Es curioso que Claudel, no Valéry, haya sido el clavo ardiendo de J. G. en varias de sus confusas situaciones; luego hizo lo mismo que con los de «Cruz y Raya», con los de la «Revista Negra de la Falange Española», otra «Cruz y Raya»). L. S. C. como librero imparcial, administraría la revista, aunque sin estar de acuerdo con ella. Y... etc., que no es mi deseo decir aquí ahora cuanto se me dijo en aquella ocasión (en la que yo quedé autorizado para decirlo: cuánto y cuándo me conviniera). Al volver, anocheciendo, a Madrid, yo venía callado pensando en muchas cosas tristes y feas.

En el primer número de «Cruz y Raya», tú lo recuerdas, no iba, naturalmente, ningún escrito mío, pero sí uno del director «sobre mí», digo sobre unos cuadernillos: «Sucesión», que yo publicaba entonces (y, esto es muy curioso, otro sobre las «Misiones pedagógicas» españolas y Manuel Bartolomé Cossío, del «manicomio» de la «Institución libre de la enseñanza», don-

de el cuerdo editor de «Cruz y Raya» y «Séneca» me interna ahora desde Méjico).

Yo, que saltando por encima de delicadezas poco correspondidas, debí acaso haber explicado entonces esto que hoy explico, cargué solo con todo por no complicar a los otros (igual que en otras y más lamentables ocasiones, recuérdelo P. S.) y contesté, desde «El Sol», donde yo colaboraba, con cuatro líneas concisas y sólo para advertir que no consideraría ningún nuevo escrito de J. B., fuese el que fuese, sobre el asunto. Y puse la solución de «aquello» en manos de un ente, el que aclaraba con flit la posible mosquitería de mi atmósfera. No me interesa ahora tampoco referirme al carácter ni al estilo de aquel «artículo» del editor de «Cruz y Raya», ni de los que siguió escribiendo entonces sobre mí. Todo eso, ya lo sabes, puede verlo quien lo desee, puesto que está publicado y, en varios casos, vuelto a publicar.

Como también puede leer quien lo desee, el «ensayo» sobre las telarañas del juicio de J. B.» y su opinión sobre la poesía, cosa muy importante; es decir, sobre la falta de mi poesía y la tuya, y de otras cosas tuyas y mías, «ensayo» basado en un articulillo que yo publiqué a mis 18 años sobre el libro «La copa del rey de Tule», de Francisco Villaespesa (quien más tarde lo convirtió en prólogo de nuevas ediciones de este libro). Sobre este laberinto de J. B. me interesa decirte que, para mí, los llamados clásicos españoles—lo he dicho muchas veces en todas partes—son casi todos literatos y no poetas; que me gusta mucho más la escritura mejor de nuestra Edad Media y nuestros siglos 19 y 20, que la de los grecolatinos, siglos 16 y 17 (no te digo nada del neoclásico siglo 18); que yo vengo a la poesía o la literatura españolas, tan poco latinas ni griegas en su expresión más verdadera, por el sur-oriente, mi madre, y por los Pirineos, lo visigodo, mi padre; y por los simbolistas franceses, que no son franceses—insistiré siempre en esto—sino alemanes, españoles e ingleses; que el romance y la copla popula-

res andaluces, con las canciones de San Juan de la Cruz y las rimas de Bécquer, son mis clásicos poéticos españoles favoritos. Hoy, como a mis 18 años, no me preocupa gran cosa, en mi gusto más profundo, de Herrera, Calderón, Quevedo todo ese linaje, espléndido como literatura, que siempre ha influido tan mal en mí. Es verdad que yo no soy lector a destajo, porque soy creador incesante, y no necesito para escribir poemas otras fuentes que las que me he asimilado sin proponérmelo. Yo no acumulo tesoros; cuando leo una página que me interesa o me deleita, la respeto y no le hecho nada más encima. Sin embargo, creo que conozco bien los poetas que me gustan; como creo que conozco, por ejemplo, a mi madre, aunque no haya presenciado todos los actos de su vida.

J. B., en cambio, parece que se dedica mucho a la lectura de los clásicos españoles que a él le gustan y le sirven de un modo u otro (como también a la de ese monstruoso y confuso clasicista Menéndez y Pelayo). No debes olvidar que en todos ellos encuentra lo único que puede interesar al lector posible de sus incoherentes sargas, rosario de citas ajenas y de fallas propias. Pero se conoce que la lectura de estos pesados clásicos barrocos, cuya lógica, lo mejor de ellos, nunca lo contagia, le deja tiempo libre para buscar, encontrar, leer y comentar extensamente cosas tan interesantes para mí y para él como el escrito de mi adolescencia sobre mi entonces querido y admirado Francisco Villaespesa, un «poeta en potencia, cuya ligereza ociosa lo destruyó». (Y la verdad es que este articulillo mío, por encima de su improvisación loca, está bien vivo y lleno de movimiento ideal).

Tiempo libre, también, el que este editor, prologuero de grandes muertos indefensos, viene encontrando hace ya bastantes años (desde que yo le dije un día que no escribiese nunca largo, pues que su ingenio de ardilla tenía bastante con él aforismo), para hilvanar a su manera complicada, contradictoria y sucesiva de editor católico, comunista de retorno o lo que sea:

libelista político y literario, y hasta sonetista (y magistral, según el vencido maestro de los últimos días de nuestra guerra) esa ya copiosísima escritura sobre mí, modelo de todas las calidades materiales y morales. (Aquella época en que tanto venía a mi casa de Madrid el muchacho prometedor; días en que yo le repasaba amorosamente toda su escritura: años en que yo no publiqué, por considerarlo desmedido, el «ensayo» sobre mí que él quería que yo enviase a «Le Mouton blanc» y cuyo original le fué devuelto luego, a su instancia, cuando él volvió del revés el mismo ensayo para congradar con quien lo manejaba a él para uso particular; tiempos en que él escribió sobre mí las líneas que luego retirara de «El cohete y la estrella», y yo la semblanza sobre él que no he retirado de mis «Españoles de tres mundos» (como no retiro nunca nada de lo que escribo sobre otro, aunque las circunstancias me hagan luego cambiar de opinión).

Y si esa literatura baja de J. B. yo nunca podré recogerla, aunque sí anunciarla para que pueda ser leída ¿por qué no la recoge en libro él mismo? Sería un documento curioso sobre la persona de este intermedista de la oportunidad, y la prenda más segura, (con sus aforismos, mezcla graciosa de Cocteau, Nietzsche, Otto, Xenius y, añadía P. S., Muñoz Seca y Arniches, que yo siempre, a pesar de todo, elogíe y aislé) de una supervivencia en la sala de curiosidades de la escritura española.

Aquí acabo, traído y llevado Juan Ramón, por hoy. Pero seguiré. Espérate.

(Wáshington` 2 de junio de 1944).

J. R. J.

La muerte de Blanco Fombona

En Buenos Aires falleció el escritor venezolano Rufino Blanco Fombona, a una edad avanzada. La vida de Blanco Fombona fué toda ella una batalla sin tregua. Vivió desterra-